



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-09-2023

«...y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí»

(Mt 10,38).

Después de la pausa del mes de agosto, retomamos nuestros encuentros mensuales de "a la sombra de la encina", y lo hacemos "con la señal de la cruz". Jesús nos dijo que sólo aquéllos que toman su cruz y lo siguen pueden ser dignos de él. Tomar la propia cruz significa asumir todo el amor de que uno es capaz y unirse a la cruz de Jesús, sabiendo que abrazando la propia cruz abrazamos al mismo Jesús, que nos da fuerza, coraje e incluso "alegría" para llevarla.

Ayer, 14 de septiembre, celebramos la fiesta litúrgica de la Exaltación de la santa Cruz. Hoy celebramos la memoria de la Santísima Virgen María de los Dolores. El 17 de septiembre se inaugurará oficialmente el octavo centenario de los estigmas de san Francisco, recibidos por el Pobre de Asís en La Verna, cerca de Arezzo, (Italia) en 1224. En sus noches de oración y de soledad, en ese monte, tuvo el valor de pedir **probar un poco del amor y del dolor que sintió Jesús** en su Pascua de muerte y resurrección. Le fue concedido. **Su cuerpo estaba marcado por las mismas llagas que el Crucificado, y en sus manos y en sus pies se le formaron prominencias** en forma de clavos. Los estigmas permanecieron impresos en él hasta su muerte, ocurrida la tarde del 3 de octubre de 1226 en Santa María de los Ángeles.

El dolor y la alegría invadieron a Francisco, que se transformó en el retrato visible de Cristo Jesús crucificado, no por el martirio de la carne, sino por "el fuego del espíritu". Él, que había querido ser semejante a Cristo en todo por su elección radical de vida evangélica, se convirtió también físicamente en su reflejo vivo, en el retrato visible, *en el alter Crhistus (otro Cristo)*.

El "fuego del espíritu" encendió también el corazón de Magdalena Aulina, quien fue una gran devota y amante del santo de Asís. También ella fue encendida en su espíritu por el amor de Jesús, que inflamaba su corazón y le daba la fuerza para abrazar y llevar su propia cruz. La cruz de la enfermedad y del sufrimiento. La cruz de la incompreensión y de la calumnia. La cruz de la condena injusta.

Magdalena sabía bien que, al abrazar la cruz por amor, abrazaba al mismo Jesús crucificado, que murió y resucitó por amor. No se puede separar a Jesús de la cruz. No

se puede recordar a Jesús sin recordar la cruz, ni amarlo verdaderamente sin amar también la cruz. Por eso Magdalena podía exclamar: «La cruz me da fuerza, la cruz me enseña, la cruz me conduce a las sublimidades del amor». En una canción, inspirada en ella, Filomena Crous escribe: «Cuando pasa la cruz, con ella y en ella, pasa Jesús con su luz, su fuerza y su amor...».

La "alegría perfecta" de San Francisco se tradujo para Magdalena en "paz y tranquilidad interior". Porque el amor de Jesús lo llena todo. Y con Jesús ya no son posibles los miedos y las dudas. Con Jesús ningún sufrimiento es imposible de soportar, porque el amor lo abarca todo. Para el amor no hay límites de ningún tipo: todo es posible para Dios, que nos ama infinitamente.

Magdalena comparó la cruz con los pinchos punzantes de la castaña: por fuera hay espinas, pero por dentro encontramos un colchón de seda, donde reposa el fruto. Más aún, la cruz, para Magdalena, es "la llave para abrir la puerta del cielo".

Magdalena, mujer contemplativa y práctica, "con los pies en la tierra", sabía bien que la cruz asusta y puede derribar a cualquiera. Por eso advertía a sus hijas e hijos espirituales: «Debéis pedir amor a la cruz, porque, sin amor, la cruz aplasta, mientras que con amor y por amor todo se soporta. Aquél que murió por nosotros en la cruz nos ayuda, nos da fuerza e ilumina nuestro camino».

Y de nuevo: «Sufriendo se aprende a progresar. Con la cruz todo se vence. Con la cruz todo se realiza. Abrazados a la cruz de nuestro Jesús, todo lo podremos».

